

Un pacto con la vida

El aporte humanista frente a la crisis democrática y al populismo

Enrique San Miguel Pérez

Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones

Universidad Rey Juan Carlos. Madrid

Introducción. *Sans toi*, o un paseo por París con Corinne Marchand

En los meses pasados se reestrenó *Cleó de 5 a 7* de Agnès Varda, quien junto a Jean-Luc Godard se ha convertido en la única superviviente entre los grandes realizadores de la *nouvelle vague* francesa. La película, de 1962, se ubica en el comienzo de la V república francesa y el final de la guerra de Argelia, en cualquier tarde parisina, a las cinco de la tarde, cuando una joven y bella artista (interpretada por Corinne Marchand) que se encuentra angustiada ante el resultado de unos exámenes médicos acude a una adivinadora profesional (el único momento en color de la película, por cierto) y recibe una lectura de las cartas que no permite esperar un resultado feliz de los análisis.

En las dos horas siguientes, y en tiempo real, un tiempo en blanco y negro, Cleó acude a su casa, constata el vacío en el que se encuentra su relación de pareja, recibe a dos amigos músicos, canta *Sans toi*, se purifica desprendiéndose de una espantosa peluca rubia, y emprende a continuación, como si fuera una lánguida reencarnación de Dante, un recorrido por los afectos y los escenarios de una vida cuyo final presiente, una vida prematura y

tristemente truncada, en donde la joven aspirante a actriz no acertó a completar ninguno de sus sueños.

Sin embargo, la ilusión regresa cuando, al final de su descenso a los luminosos infiernos del París en el que componían Michel Legrand, Georges Delerue, Michel Vaucaire y Charles Dumont, dirigían Louis Malle, François Truffaut o Jacques Demy y, sobre todas las cosas, cantaba Édith Piaf, Cléo conoce a Antonie, un soldado de permiso que esa misma madrugada ha de regresar a Argelia, y con ello a la guerra, interpretado por Antoine Bourseiller. Con un joven que se enfrenta a la despiadada autenticidad de la muerte cada día, Cléo entabla una de esas sencillas y genuinas conversaciones que inician un amor eterno, como la charla de Paolo y Francesca de Rímini, pero esta vez sin la lectura del *Lanzarote del Lago* de Chrétien de Troyes, como sucedía en la *Comedia* de Dante, y reúne las fuerzas suficientes para acudir al hospital y enfrentarse con la hermosa verdad que nos acompaña a cuantos nos encontramos instalados en el humanismo de inspiración cristiana: la vida es luchar. Y luchar. Y luchar otra vez. La vida es caminar. Avanza la persona que se mueve, y se mueve en comunidad. Las noticias que recibe Cléo la obligan a no rendirse. Porque la vida le ofrece la oportunidad de aferrarse a ella con esperanza racional, y con el soporte incondicional de un amor que ha nacido, precisamente, gracias a la dificultad.

Cléo ha aprendido de Antoine una lección: los grandes sentimientos están integrados por pequeñas verdades. La lección del humanismo cristiano del siglo XX. La lección suprema que nos brinda el mejor presidente en la historia de la Unión Europea, un católico en movimiento llamado Jacques Delors: cada persona es única e irrepetible, pero saberlo en cuanto cristianos no nos coloca en una posición de superioridad, sino, antes bien, de responsabilidad y de servicio. Saberlo en cuanto cristianos significa que debemos emprender un camino que es propio y compartido a la vez, un camino de persona y de comunidad, porque es en el camino, dinámicos y no estáticos, donde nos

encontraremos con la realidad. Cléo encuentra el amor, la salud y el sentido de su existencia cuando sale de su vivienda confortable, y se enfrenta a la realidad con alegría, humildad y sencillez.

1. *Au revoir, mon pere. Au revoir, les enfants.* El humanismo cristiano como garantía democrática

La crisis de la democracia, lo decía también Jacques Delors nada menos que en 1994, hace 25 años, mucho antes de que estallara la crisis global de 2008, cuando parecía que la democracia había "triunfado", y él se mostraba ya entonces muy escéptico ante el contenido de ese presunto triunfo, no es material, sino espiritual. Hace ahora exactamente un siglo, mientras la revolución comunista estallaba en Baviera, y a escasos metros del despacho del líder revolucionario Kurt Eisner, Max Weber ofrecía la conferencia *La política como vocación* que habría de convertirse en el fundamento de su célebre obra *El político y el científico*. En esa conferencia, como recientemente ha venido a recordar un ilustre compatriota, el realizador Alexander Kluge, Max Weber incidía en dos características esenciales del accionar político:

-En primer lugar, la vocación, un término seguramente solemne, tiene un contenido aplicado muy concreto: el político es un servidor que se compromete con cada ser humano al que va destinado su accionar y, por tanto, se siente responsable y solidario con el sentido íntegro de su existencia. La vocación hace imposible la indiferencia.

-Pero, en segundo lugar, como la vocación no discrimina absolutamente a nadie, la política se convierte en una obligación de, en una imagen muy plástica creada por Max Weber, "enérgico y lento taladrar de tablas duras con pasión, y sentido", es decir, no acudir al espacio blando más fácil de perforar, sino enfrentarse con la dureza, la resistencia, la incomprensión e, incluso, la

irracionalidad del adversario, y no digamos del enemigo. Afrontar con resolución, firmeza y determinación lo imposible. Porque la política no es el arte de lo posible. La política es el arte de lo imposible.

Como demócratas hemos tendido a olvidar la vocación y, sobre todo, a evitar perforar tablas duras, y muy especialmente a la hora de afrontar el problema de los populismos. Ante la irrupción de los populismos, las dos únicas opciones a las que han venido acudiendo las grandes tradiciones políticas democráticas han sido muy elementales: o bien adoptar sus propuestas e incluso su lenguaje en parte, a veces casi totalmente, o bien intentar proceder a su blanqueamiento y captación para la vida ordinaria del sistema democrático dentro de grandes acuerdos parlamentarios, programáticos y electorales.

Ambas estrategias son letales para la democracia. Porque los populismos han llegado para dinamitar la democracia y la convivencia, para fracturar primero y después domesticar y/o aniquilar a los demócratas. Porque los populismos acuden siempre en auxilio del vencedor. Porque los populismos están procediendo a una comprensión cínica, pero lúcida, o lúcida, pero cínica, de lo que está pasando realmente en el mundo, para a continuación presentar propuestas políticas que discurren a favor de los acontecimientos. Porque los populismos, en plural, son proteicos, son mutantes, se adaptan y se instalan en la vida del siglo XXI como los autoritarismos y los totalitarismos lo hicieron en el siglo XX, como siempre en la historia. Con la misma demagogia, con la misma desvergüenza, con la misma falsedad, y con la misma eficacia. En 1798, a su regreso de la campaña de Egipto, el general Bonaparte le encargó al abate Sièyes que redactara un proyecto constitucional para Francia. El sesudo futuro cónsul del triunvirato redactó rápidamente un texto basado en tres grandes principios: la libertad, la ley, y la indivisibilidad de la República. Bonaparte le recibió tras el 18 de Brumario, y mientras lo leía, riéndose, le dijo que, en verdad, únicamente existían dos principios constitucionales: la acción y

la sorpresa. Ya lo habían demostrado tanto Robespierre para aniquilar a Danton, como Tallien para aniquilar a Robespierre. Atacar a fondo. Hasta la destrucción total del enemigo.

¿Qué está pasando en el mundo? Primero que todo, el poder político que durante la segunda mitad del siglo XX conquistamos con tanto, tanto sacrificio la ciudadanía de las grandes naciones democráticas, y ya sabéis, en enorme medida gracias al humanismo cristiano y, por tanto, sabéis también por qué molestamos tanto, es un poder que, como el reloj de arena en que se había convertido la existencia del príncipe de Salina en *El gatopardo* de Giuseppe Tomasi de Lampedusa y de Luchino Visconti, se dio la vuelta. Cuando giramos el reloj arena, en un principio, los granos que caen parecen infinitos. Pero, cuando se aproxima el final, cada grano cae pesadamente, casi puede detectarse su desplome de uno en uno, anunciando un final inexorable. El poder político se nos está filtrando entre los dedos como esos últimos granos de arena. Entre otros motivos, porque las nuevas formas de poder no necesitan ya Estados o, no digamos, de Constituciones para construir un margo de garantías jurídicas, es decir, de garantías para la plenitud de la vida y de la dignidad humana. Para mandar, basta una terminal telefónica.

Pero, en segundo lugar, ¿cuál ha sido la respuesta de las potentes sociedades democráticas frente a las nuevas formas de poder? ¿Han reaccionado con energía y convicción frente al jaque a la democracia de figuras no legitimadas por el sufragio y por la rendición de cuentas, reafirmando la validez y la vigencia de modelos constitucionales sumamente avanzados si tomamos como referencia su vocación social y la aplicación del principio de subsidiariedad, con la consiguiente profunda descentralización política y territorial en la toma de decisiones? Al contrario: la ciudadanía se ha inclinado por reconocer y refrendar en las urnas su propia progresiva y acelerada pérdida de poder y de soberanía. La ciudadanía que, acuciada por su sentimiento de pérdida de control sobre su destino, y de manera

absolutamente legítima, votó a favor del Brexit en el Reino Unido, y eligió a Donald Trump en Estados Unidos y a Jair Bolsonaro en Brasil, y respalda a Marine Le Pen en Francia, a Alternativa por Alemania en la República Federal de Alemania, y vota por la Liga Norte de Mateo Salvini y por el Movimiento Cinco Estrellas de Luigi di Maio en Italia, o por Podemos y Vox en España, la ciudadanía que impulsa a Carles Puigdemont y a Quim Torra en Cataluña, y en todos los casos en proporciones muy significativas, está colaborando decisivamente en la conversión de sus países en fragmentos irrelevantes de un futuro en donde tendrá menos derechos, peores salarios, menores pensiones, pocas oportunidades, y una existencia más triste y más mediocre.

¿Se puede luchar contra ese proceso? Claro que sí. La propuesta política del humanismo cristiano nació a comienzos del siglo XX para luchar contra ese proceso, muy presente en los procesos de cambio industrial, y especialmente en el capitalismo depredador del colonialismo y del imperialismo que condujo a dos guerras mundiales. Y el humanismo cristiano lideró esa lucha en Europa y en América Latina durante décadas en donde contó con la contribución de tradiciones partidarias como la socialdemocracia y, tras la segunda guerra mundial, el liberalismo y el conservadurismo clásicos. El europeísmo de los padres fundadores de Europa, de Robert Schuman, Alcide de Gasperi y Konrad Adenauer, fue una colosal respuesta política, llena de sentido de la historia, inteligente en el planteamiento institucional, profundamente democrática, y llena de sentido de la eficiencia, la equidad y las oportunidades, para construir un formidable espacio para el accionar político con grandeza. En América Latina, el sentido de la naturaleza transformadora y revolucionaria de la libertad amparada por la ley fue convertido por figuras como Eduardo Frei Montalva y Rafael Caldera en una narrativa con alcance universal. Humana grandeza y, por tanto, grandeza ante la historia.

Esa capacidad de no sucumbir a la corriente populista, y no sucumbir ni por debilidad no por interés partidario, convierte al humanismo cristiano, hoy, 12 de

enero de 2019, y sobre todas las cosas, en una garantía democrática. Sin duda, otras tradiciones ideológicas pueden serlo también. Pero el humanismo cristiano lo es de manera constitutiva y eminente. No podemos ser otra cosa que demócratas. Frente a la política ilusa de los populismos, es decir, frente a la ficción política, nosotros podemos y debemos oponer la ilusión por la política. Sabiendo que la política no muere, porque es un estado permanente de integración de sentimientos cotidianos.

La política, lo decía Jacques Ellul, cristiano, resistente, historiador del derecho, y anarquista, por ese orden, es también ilusión. No ficción, ni ensoñación, ni artificio. La ilusión no ingenua. La ilusión que propone y construye. La ilusión firme, rotunda y convencida. Como diría Henri Bergson, "la negación de la oscura negación". La ilusión que no sobreactúa. No somos como un mal tenor que trata de compensar su ausencia de recursos como intérprete revolcándose por el escenario para tratar de ganar, si no el aplauso, al menos la atención y la benevolencia del espectador. Nosotros nos sabemos el papel, sabemos cantar, y cantaremos. Con la vocación de que nuestra voz se funda dentro de un infinito coro democrático. Y con la certeza de que, mientras un humanista cristiano siga cantando, la democracia seguirá existiendo.

Cuando hace algo más de un siglo, a finales de 1913, Marc Sangnier fundó *La Joven República*, decía que la concepción cristiana de la democracia debía servir para aportar "prestigio a las virtudes cívicas", y que, en tal sentido, la propuesta del humanismo cristiano aspiraba a convertirse en una suerte de "concentrado democrático". Los riesgos de la visión humanista cristiana son obvios, y seguro que se encuentran muy presentes en esta intervención. Si queréis, os lo resumo yo: la confianza irreflexiva en el futuro, la confusión entre esperanza y optimismo, la transformación de la fe, para aquellos que la tenemos, en una suerte de pietismo, no son los menores.

Pero es que el humanismo cristiano y los humanistas cristianos estamos aquí para defender a la mujer y al hombre. Para que su existencia sea libre, plena y digna. Es por defender a la mujer y al hombre que defendemos la democracia, y eso nos convierte en una garantía de que la democracia de la libertad, la plenitud y de la dignidad no derive hacia formatos intolerantes, liberticidas, racistas o xenófobos. Y, obviamente, como en los mejores momentos de nuestra historia, somos incómodos, somos molestos, y concentramos la irritación, la agresividad y la hostilidad de los populismos de todo signo.

Recuerdo cuando hace casi exactamente treinta años, el invierno de 1987, vi por primera vez *Au revoir, les enfants* de Louis Malle, en España llamada *Adiós muchachos*. La historia de la amistad entre dos niños en un internado católico próximo a París en apenas unas semanas del mes de enero de 1944, hace ahora 75 años, en la Francia ocupada por los nazis. Uno de los niños es judío, porque uno de los sacerdotes, el Padre Jean, han escondido a varios de ellos de la persecución totalitaria. Pero el Padre Jean no se conforma con ofrecer refugio a nuestros hermanos cuya aniquilación persigue la barbarie, la misma barbarie que bajo nuevos formatos reaparece en Europa. Sí: la misma barbarie. Volvemos a tocar el fondo. El Padre Jean persigue a quienes trafican en el mercado negro, empuja a los niños a compartir los alimentos que les envían sus familias, y aprovecha las homilías, cuando los padres acuden al internado para visitar a sus hijos, para recordar que el primer deber del cristiano es el de la caridad, y lo primero que destruye la caridad es el egoísmo. Y mientras, la amistad entre los niños, incondicional, espontánea, natural, fluye con el sonido de fondo del *Moment n° 2* de Franz Schubert, el joven compositor vienés cuya existencia se vio prematuramente truncada con apenas 27 años. La misma serena vitalidad. La misma certeza de que el amor bajo todas sus formas, y la amistad es una de esas formas, prevalece siempre sobre la violencia y la muerte.

Recuerdo que salí del cine pensando en que apenas diez años antes ese país dominado por la irracionalidad y la arbitrariedad violenta y criminal había sido España. Y que yo, con apenas 23 años, tenía por delante la clase de vida que las dictaduras niegan a quienes, simplemente, no se someten a sus designios. Pensé que era un privilegiado. A finales de 1987, y en Europa, el nazi-fascismo, el totalitarismo y el autoritarismo, subsistían únicamente bajo ropaje stalinista más allá del Muro de Berlín. El relato autobiográfico de Louis Malle era historia. Los héroes como el padre Jean eran magníficos testimonios de un pasado que había que enseñar. Y sus enemigos, el pasado del pasado.

2. No morir de tanta vida: la democracia existe, y la política es el camino (y no el destino)

Pero el pasado vuelve cuando es capaz de defender su propia vigencia. Por increíble que pueda resultar, consideramos que nuestras democracias están en crisis, a pesar de que son las mejores democracias de nuestra historia. Pero seguimos empeñados, y eso es muy loable, en focalizar nuestra mirada sobre supuestos democráticos muy estimables, pero excepcionales. En España, la costumbre es siempre girar la vista hacia las democracias nórdicas, que tienen el dinero por castigo, instituciones transparentes, mucho territorio y poca población, una corrupción escasa... El Paraíso Terrenal, al parecer, existe, y se localiza en los alrededores de Copenhague, Oslo, Helsinki o Estocolmo.

Maravillosas ciudades, por cierto. Extraordinarias sociedades. Entonces, ¿por qué la esperanza de vida es superior, incluso bastante, en Japón o en España? El estilo de vida, me diréis. Los españoles sois vagos, y estáis todo el día de fiesta. Por no hablar de la siesta. Como me dijo Don Aniceto cuando cursaba 4º de Educación General Básica, en pleno franquismo, la democracia es para los pueblos del Norte, ordenados e industriosos, que trabajan e inventan porque las condiciones climatológicas son malas. Nosotros, los

infelices moradores del Sur, debemos aprender a convivir con las limitaciones de nuestra azarosa historia, un clima que nos invita a pasar el día fuera, nuestra falta de constancia, de seriedad, de rigor, de puntualidad... Pero, le dije yo a Don Aniceto con la candidez del niño, la cuna de la civilización, de la vida urbana, de la agricultura y de la escritura, se encuentra en Mesopotamia, en Egipto, en Grecia, en Roma... Y hacía y hace mucho calor. Recibí entonces una mirada de estupor.

Nosotros vivimos en democracias difíciles, en efecto. Nuestro discurso debe vincularse de manera eminente con esa realidad. Y partiendo de un presupuesto básico: es una realidad históricamente excepcional. Yo no tengo la menor duda de que los pasados cuarenta años son los mejores de la historia de España. Claro que tenemos problemas. Os los comparto cuando queráis. Y os advierto que necesitaré varias horas para, simplemente, enumerarlos. Vengo de una sociedad problemática porque vengo de una sociedad viva. Vengo de un país en el que resulta imposible aburrirse. Con todos los poderes del Estado, desde la Corona a la Universidad, pasando por el ejecutivo, el legislativo y el judicial, sometidos a un profundo cuestionamiento. También vengo de un país en el que el 90% de la población cuenta con un centro universitario superior a menos de una hora en transporte público, el 90% de la población cuenta con un hospital de referencia a menos de una hora en transporte público, y del primer país del mundo, en términos proporcionales, en donación de órganos vitales y en trasplante de órganos vitales. Un país en donde no existe la pena de muerte, y las últimas fueron aplicadas en 1975 por parte de una dictadura que ha contado en las trece elecciones legislativas celebradas desde 1977 hasta 2016 para elegir 350 diputados, con únicamente un diputado en el Congreso en 1979 para defenderla. Es decir: hasta ahora, hemos elegido 4550 diputados en 40 años, y únicamente 1 era franquista.

El humanismo de la razón práctica no puede vacilar en la defensa de la experiencia democrática que hemos venido compartiendo. Venimos de la

tiranía, de la vida corta y ardua, de la persecución del pensamiento libre y de la creatividad, de la ausencia de oportunidades, de la injusticia, la tristeza, el señalamiento del disidente, la mezquindad, la delación, la mediocridad y la brutalidad. Venimos de la muerte. Hace ahora casi exactamente cuarenta años publicó sus memorias María Casares, hija de Santiago Casares Quiroga, presidente del Consejo de Ministros de la II República española cuando se produjo en golpe de estado franquista. Exiliada en Francia, María Casares se convirtió en la actriz predilecta de los más grandes realizadores, la protagonista de *Las damas del Bosque de Boulogne* de Robert Bresson y del *Orfeo* de Jean Cocteau. Y, también, en la pareja de nuestro admirado Albert Camus, el escritor que más amó a España de la historia. Para María Casares, dama de inteligencia inmensa, rictus siempre enigmático, elegancia irrepetible y sabia serenidad, la presencia de Camus era permanente. Decía: "yo lo amaba y él me amaba; cuando amas y has sido amado, la soledad no existe más".

Cuando a María Casares se le preguntaba por los españoles, a María Casares que nunca renunció a su nacionalidad, decía que no sabía muy bien si la identidad de todos los pueblos de España, desde los celtas gallegos a los griegos catalanes, era morir de tanta vida, o vivir de tanta muerte. La libertad, el amor y la muerte decía un joven George Gordon, Lord Byron, viajero por España, eran las materias que componían la singular identidad de un pueblo que, abandonado por sus reyes absolutos, y en medio de un vacío de poder sin precedentes en la historia, había optado por una alternativa también inédita: proclamar su soberanía y dotarse de una Constitución.

Cuando las cosas se ponen difíciles, el deber de responsabilidad por el conjunto se hace más acuciante. No tiene sentido subirse al tren democrático si al final del viaje no llegan todos los vagones a la estación de destino. Y eso porque, en las actuales coordenadas políticas y partidarias, se ha suscitado un clivaje político que es el peor y el más peligroso de todos para la propia

supervivencia de la democracia. Hasta ahora, en pleno desarrollo de la crisis, el populismo contraponía "lo nuevo", lleno de vitalidad, limpieza, energía, ideas y abnegada generosidad, frente "lo viejo", es decir, lo enfermo, corrupto, moribundo, repetitivo y egoísta. Pero, instalado el populismo en las instituciones, y acreditada su ausencia de ideas, su corrupción, su nepotismo, su incompetencia y su mediocridad o, en el mejor de los supuestos, su enciclopédica ignorancia, una nueva mutación posiciona un nuevo y todavía más perverso discurso para la confrontación: hemos llegado al momento decisivo de la historia, el momento en el que se enfrentarán "ganadores" y "perdedores". Y, como es natural, quienes se financiaron con millonarias donaciones chavistas con cargo a informes fraudulentos o adquirieron mansiones de lujo se erigen a sí mismos en portavoces de los perdedores. Los demás somos los perversos ganadores.

Hemos pasado de la manipulación y de la falsedad al odio y a la vocación de enfrentamiento civil. "Aquí se juega", decía el cínico comisario que interpretaba Claude Rains en *Casablanca* (*Casablanca*, 1942) de Michael Curtiz cuando pasaba por las mesas de juego de *Rick's*, el cabaret que Humphrey Bogart regentaba para que apareciera Ingrid Bergman y le dijera aquello de "recuerdo la última vez que vi París; los alemanes iban de gris; tú ibas de azul". Los populistas eran también unos cínicos, aunque todavía más irresponsables. Ahora son fanáticos que no vacilan en fomentar la fractura y el enfrentamiento social. Nada nuevo. Porque, en realidad, lo viejo son ellos. Y también los circunstanciales ganadores. El fanatismo, decía Simone Weil, que llevó su solidaridad con la Europa sufriente hasta el ayuno y la muerte en plena juventud, es el cimiento de la tiranía. Y, en la historia, la tiranía es la regla y la democracia la excepción.

Estamos, así pues, del lado de lo excepcional, de lo frágil, de lo vulnerable. No somos demócratas porque sea fácil, sino porque es difícil. El umbral de exigencia cívico es siempre más elevado en democracia que bajo la tiranía. No

digamos para quienes asumimos una identidad humanista, y especialmente si se trata del humanismo cristiano. Pero eso significa que representamos la novedad. Y, sin duda, asumimos la representación de los perdedores, de quienes a lo largo de la historia carecieron de voz, o de la fuerza para resultar audibles. Y lo nuevo en política, el año 2019, se reconoce porque hace las cosas de otra manera. Por el lenguaje, los formatos, los recursos, y la actitud. Por el riesgo. Por la capacidad de, como Robert Schuman el 9 de mayo de 1950, saltar hacia lo desconocido.

Representar la novedad significa regresar a los grandes escenarios de debate que, probablemente, considerábamos "superados". Es decir, aplicar la misma lógica con la que vivimos. ¿El amor o la amistad son sentimientos que, una vez surgidos, son permanentes e indiscutibles? ¿No refundamos el amor y la amistad cada día que nos es posible, y en cada encuentro con nuestra pareja o con nuestros amigos? Siempre me llamó mucho la atención un diálogo que en la maravillosa película *Los mejores años de nuestra vida* (*The Best Years of Our Lives*, 1946) de William Wyler, mantienen unos padres, Fredric March y Mirna Loy, con su hija, Teresa Wright. Los padres, que llevan casados más de 25 años, le explican que eso significa que han dado su unión por finalizada y han vuelto a enamorarse muchas veces a lo largo de su vida. Y que ese amor siempre renovado, que prevalece frente a cualquier forma de adversidad, ha dado sentido a su existencia.

La identidad política y el compromiso cívico no son invulnerables al humano desgaste, y bajo todas sus formas. Por eso habremos de reafirmar, esta vez en sociedades mucho más prósperas que las de antaño, que nuestros procesos de transición y consolidación democrática por vía pacífica tienen valor, precisamente, porque taladraron las tablas duras del autoritarismo, y perforaron el acero espolvoreado de la intolerancia, pero no a través de la fractura de la sociedad, sino de la amistad cívica y de la palabra más bella de la lengua castellana, la concordia, es decir, el acuerdo entre los corazones. Habremos

de reafirmar que vivimos el período de libertad más esplendoroso de nuestra historia, que nunca la existencia estuvo más abierta al impulso creador y transformador de cada ser humano concreto, de cada mujer y de cada hombre.

Y en el terreno espiritual y de los valores, con plena comprensión de la naturaleza plural de la sociedad, y de la laicidad de las instituciones políticas, habremos de reivindicar nuestro derecho a comparecer en el espacio público con nuestra identidad. Y hacerlo entrando en diálogo genuino, abierto hasta la aspereza, diálogo arduo, diálogo difícil, con quienes nos odian. Precisamente, y en primer lugar, con ellos. Venimos con la ilusión de ser los primeros de clase porque siempre seremos los más deseosos de aprender. Como siempre, seremos generosos y poco territoriales, y no viviremos a la defensiva. En la pasión y en la fogosidad serán perfectamente reconocibles la inteligencia política y la inteligencia emocional. Con el humanismo cristiano no hay lugar para el sobresalto. Somos reconocibles y, por lo tanto, previsibles. Como la democracia. Fue un tirano como Napoleón Bonaparte quien dijo "la política es el destino". Para nosotros, la política no está reservada a los "elegidos" por ese destino. La política es el camino que recorreremos juntos, la increíble sensación de dinamismo que compartimos. El vértigo maravilloso de estar vivos.

3. *Una política para los tiempos nuevos. Centralidad humanista y participación como alternativa democrática y popular*

Pero, además, la gran aportación aplicada del humanismo de la razón práctica tanto a la propia concepción de la acción política como a su materialización ordinaria, es decir, la centralidad superadora de la perspectiva agonal de las relaciones sociales y de la vida pública, y la edificación de un orden político integrador y un auténtico hogar para las libertades, se convierte en 2019, como en los grandes tiempos fundadores y refundadores de la democracia, es decir, en este tiempo, en esta Era de la historia que acaba de

comenzar, en la alternativa democrática y de convivencia imprescindible frente a todos los extremismos, frente a todos los maximalismos dogmáticos y sectarios, frente a la propia crisis democrática.

Pero, a la hora de presentar y razonar la centralidad, los humanistas cristianos podemos y debemos ser proactivos. Liderar la historia, en sentido amplio, y la agenda política ordinaria, en sentido estratégico. No actuar a remolque de los acontecimientos. No detenernos en la enumeración y descripción de logros presuntos, sino concentrar los esfuerzos en la propuesta de nuevos objetivos.

En los últimos días de 1968, tras abandonar la presidencia del Consejo de Ministros de la República italiana después de cinco años ininterrumpidos en el Palacio Chiggi al frente del nada casualmente denominado "gobierno largo", Aldo Moro se presentó ante el Consejo Nacional de la Democracia Cristiana en Roma. Todos sus camaradas esperaban un balance de gestión, especialmente porque la gestión había sido brillante. De hecho, Moro se había hecho cargo del gobierno al frente de una Dc que había obtenido en 1963 un 38,28% del voto, pero perdido 13 de sus 273 escaños en 1958, mientras el Pci había pasado de 150 a 166, superando por primera vez el 25%, concretamente el 25,26%. En 1968, sin embargo, la Dc ganaba 6 escaños hasta llegar a los 266, y se quedaba al borde del 40% del voto. Y ello con Mariano Rumor como candidato, sin duda un extraordinario político, pero no Aldo Moro, y en plena Europa de 1968.

Sólo la insistencia del propio Moro explicaba lo inexplicable, es decir, su salida de la presidencia del Consejo de Ministros. Y, ahora al frente del partido, el líder que era ya la gran referencia del humanismo cristiano en toda Europa, y lo sería hasta su trágico y bárbaro secuestro por las Brigadas Rojas, no presentó sus logros electorales sino un documento de apenas 20 páginas llamado *Una política para los tiempos nuevos* en donde no dedicaba ni una

línea a su acción de gobierno, y concentraba todas sus energías, sus enormes energías, en una propuesta para el tiempo que se iniciaba.

Creo que ese documento, bellísimo, nítido, ordenado, dotado de la claridad, concisión y precisión del mejor Moro y del mejor humanismo de la razón práctica se encuentra plenamente válido en la definición de un conjunto de renglones de actuación a través de los cuales Moro pretende, en sus propias palabras, recuperar el tiempo perdido, reconquistar la confianza en la propia fuerza y en la propia capacidad de interpretar y de liderar la realidad social y la función del humanismo cristiano en la vida nacional y, sobre todo, de conjurar un voto meramente de castigo que, dice el propio Moro, como si lo hubiera dicho ayer, "pone fatalmente en crisis a la democracia". Un voto populista que es para el ciudadano tentación cuando la lectura de la realidad se reduce a fórmulas esquemáticas, las soluciones parecen sencillas, y el político se convierte en un irresponsable:

1. Garantizar la estabilidad de las instituciones democráticas. Me permito añadir que, cuando las instituciones democráticas no tienen complejos ni vergüenzas a la hora de defender y esgrimir su avasalladora legitimidad democrática, el populismo, que como toda alternativa basada en el miedo y en la descalificación es siempre cobarde, retrocede. La democracia que anhelábamos en medio de las dictaduras que padecimos era así, y era ésta. Imperfecta o, tal y como la adjetivó Aldo Moro, por definición "incompleta". Pero la democracia se desarrolla se completa en democracia y con más democracia. No bajo la descalificación, la coacción y la agresión. Y la legalidad democrática se defiende, como decía Mario Scelba, con firmeza.

2. Recordar que el humanismo cristiano es una opción política comprometida con la emancipación del ser humano y la justicia y, por tanto, debe necesariamente entender su acción política y su presencia en las instituciones como, dirá Moro, "una gran obra de renovación", es decir, una

fuerza de reforma. La centralidad humanista es la reforma que no se detiene, que ni se conforma ni se resigna. La revolución a través de la ley de Robert Schuman, la revolución en libertad de Eduardo Frei Montalva, es la reforma incesante, la renovación permanente, el ideal de civilización que porta consigo el cristianismo. Y especialmente en tiempos, como dice Moro, como si viviera en 2019, de violencia, de confusión inquietante y paralizante, de esquematismos y simplificaciones, de imposturas.

3. Pero, en tercer lugar, bajo esta superficie preocupante, discurre una nueva humanidad que desea hacerse presente, y que es la irresistible fuerza motriz de la historia. ¿En qué consiste esa nueva humanidad? ¿Cómo hacerle llegar nuestro mensaje? Es tan simple y tan complejo como entender que, en esa humanidad, cada persona busca afirmarse en cualquier condición social, de la escuela al trabajo, en cualquier lugar de nuestros países. Esa persona no es hostil a los principios democráticos, cree en la solidaridad y en la igualdad, en el respeto y en la convivencia. Pero esa persona detesta el cinismo y la falsedad que han dominado la vida pública y la actividad política, no entiende la prudencia cuando impide decir la verdad, y no cree en una ética pública tibia y no comprometida, sino en una ética profundamente humana, que piensa, habla y actúa con claridad a favor de la vida y de la dignidad humanas.

4. Eso significa que el servidor público debe tomar conciencia de que se encuentra, en primer lugar, ante un deber. Y un deber complejo y difícil. Es verdad que estamos en pleno cambio de época. Pero la validez de la solución democrática es la misma hoy que hace un cuarto de siglo o medio siglo. La validez de la plenitud en el ejercicio de los derechos y de las libertades fundamentales es la misma, comenzando por la integridad y la intangibilidad de la vida y de la dignidad humana. Por eso la validez de la política es la misma. Y la validez de la política es la validez de los políticos. Igual que el historiador, decía Marc Bloch aplicando la metáfora de un paisaje, debe ser capaz de aglutinar todo cuanto en un paisaje se encuentra para dotarle de una

explicación unitaria, el político es capaz de integrar todas las fuerzas vitales de personas y comunidades al servicio de un proyecto de vida común. La política es la ciencia de la vida. No de la subsistencia o de la supervivencia. De la vida genuina. De todo cuanto hace que la existencia humana sea digna de esa denominación.

5. Servir a la democracia exige participar. La participación es uno de los nombres contemporáneos del amor, igual que en la *Populorum Progressio* de San Pablo VI lo era el desarrollo. Las estructuras políticas e institucionales deben hacer de la participación de la ciudadanía su prioridad y estudiar todas las fórmulas que posibiliten la presencia de cada ser humano, en la toma de decisiones. La experiencia histórica de las asociaciones de católicos franceses (obreros, estudiantes, sindicalistas, mujeres, jóvenes, agricultores) que convergían dentro del Movimiento Republicano Popular es extraordinariamente interesante. La solución "movimental" permitió que los católicos pudieran pasar a la clandestinidad y nutrir la Resistencia durante la ocupación nazi.

6. Eso significa que el papel de los partidos políticos debe ser sometido a una profunda revisión. Aldo Moro defiende la validez del partido en el que militó desde su creación hasta su asesinato. Pero como "una herramienta capaz de consolidar y profundizar la plataforma de la política del centro-izquierda" (la cita es literal, 21 de noviembre de 1968) Es decir: las organizaciones políticas deben ser capaces de construir nuevas formas de agregación e integración de sensibilidades en donde los partidos son herramientas necesarias, pero no suficientes. Plataformas en donde la ciudadanía encuentra cauces flexibles y no rígidos, abiertos y no cerrados. Una ciudadanía en movimiento exige instrumentos de participación dinámicos.

7. Reafirmar los principios que nos trajeron aquí o, como diría Moro, "los valores dados". Aldo Moro era particularmente insistente en la necesidad de revisar compromisos e ilusiones. En la política, como en la vida. Cada día de

servicio a nuestros conciudadanos, que en nuestra visión del mundo son y siguen siendo nuestros hermanos, y no necesitamos su permiso para quererlos, es una oportunidad para constatar que no nos equivocamos en nuestra apuesta. Y, eso significa recordar y reiterar, y hasta la fatiga del interlocutor, que sobre todas las cosas los servidores públicos lo somos para compartir nuestra plena convicción en la verdad y en la belleza de la vida. Un verdadero político es un transmisor de alegría y de entusiasmo.

8. Tener fe en nosotros mismos. Perdón por la deformación profesional, pero en este punto es esencial conocer, y en profundidad la historia. ¿No es legítimo recordar en dónde se encontraban nuestras sociedades cuando líderes de inspiración humanista cristiana se hicieron cargo de las responsabilidades de gobierno tras prolongados períodos dictatoriales y guerras devastadoras? ¿Eran esos líderes de procedencia aristocrática, o manejaban grandes recursos, u obedecían a una identidad plutócrata? ¿Fueron fáciles las cosas para ellos? ¿Más o menos que para nosotros? Hoy, igual que ellos defendieron -y defendisteis- la democracia, la libertad, la verdad, la justicia y la belleza, nosotros recogemos la misma antorcha humanista.

9. Porque el humanismo cristiano es una alternativa democrática y popular. La lealtad al Estado de Derecho se basa en la convicción de que la ley libera. De que, como decía Aldo Moro, hasta el diablo se merece el beneficio de la ley, entre otros motivos, en nuestro propio beneficio. Que nadie albergue la menor duda acerca de la validez de la fórmula democrática de acuerdo al planteamiento que con tanta convicción y coraje sostuvieron, y con todas las consecuencias, nuestros mayores. Y que nadie albergue la menor duda acerca del alcance del compromiso del humanismo cristiano con el poder del pueblo para la libertad.

10. Finalmente, el humanismo cristiano es una alternativa de amistad. Decía Simone Weil que la sencilla y única manera de amar a la humanidad es tener un amigo. Y con el vigor que acompañó a su naturaleza frágil hasta su muerte prematura aclaraba que la amistad no se funda sobre los "deliciosos acuerdos" que, en apariencia, constituyen el patrimonio común que los amigos comparten. La amistad existe por el amor a la persona, y tanto en la coincidencia como, especialmente, en la discrepancia. Lo relevante de los acuerdos políticos democráticos que trascienden hasta alcanzar el rango de históricos pactos de convivencia, no reside en el contenido de esos acuerdos, con ser importante. Lo relevante es que, para alcanzar esos acuerdos hemos mirado a los ojos al otro y nos hemos reconocido en él. Hemos confiado en él. Hemos empeñado nuestra palabra.

Poner en el centro a la persona significa entender que la amistad cívica que viene es ruda. Esa amistad la profesan personas que no quieren cantar en un coro o, si lo hacen, desean que su voz resulte reconocible, como personas, y como integrantes de una comunidad. Seguiremos cantando, y de manera compacta, pero en una maravillosa polifonía en donde cada voz será audible. Seguiremos bailando, pero no necesariamente de manera sincronizada. Esta nueva amistad cívica, dice Simone Weil, es "la que hace la paz".

E igual que en los años 30' el discurso del humanismo cristiano se enfrentaba a la lógica uniforme y, además de uniforme uniformada de los totalitarismos, que aniquilaba la identidad y la singularidad de las personas al servicio de la masa, nosotros debemos oponernos a cualquier forma de reduccionismo populista de la primacía de la persona humana. Ahora hace más de sesenta años, cuando en plena guerra de Argelia los integrantes del FLN empezaron a colocar bombas en los tranvías, Albert Camus condenó las prácticas terroristas. El PCF, o figuras como su otrora amigo Jean-Sartre salieron inmediatamente a criticarle. Camus, entonces, respondió que la violencia deslegitimaba cualquier causa, por justa que pudiera ser. Pero,

añadió, en uno de esos tranvías podía ir su madre. Y, entre la justicia y su madre, él elegía siempre a su madre.

Conclusión. Un pacto con la vida: ¡sonríe y espera! ¡yo soy el amor!

Termino. La centralidad humanista cristiana se ubica, finalmente, allí donde se localiza la diversión. El otro día un compañero de estudios me dijo que había hecho un pacto con el diablo. Le expliqué que por supuesto, que como buen socialcristiano le había ofrecido al diablo una vicepresidencia y dos ministerios y el diablo había aceptado. Pero, cuando ya comenzamos a hablar en serio, le relaté un pacto de mucha más enjundia. Sobre todo, porque es un pacto accesible a todas vosotras y a todos nosotros. Un pacto que os propongo hoy.

En una ocasión, un periodista le preguntó a una María Félix ya anciana cómo se conservaba tan guapa. Y, sin esperar respuesta por parte de La Doña, bellísima, como si tuviera que comenzar a rodar *La escondida*, el periodista se aventuró a afirmar si acaso había hecho un pacto con el diablo. La actriz, inmensa siempre, poseedora de un talento, una inteligencia y una pasión que otorgaron inmediato crédito a las palabras que estaba a punto de pronunciar, y de pronunciar para la historia, respondió que, en efecto, ella sí que había hecho un pacto, pero un pacto con la vida. Y el pacto consistía en disfrutarla y honrarla.

La política es un territorio que existe para hacer posible ese pacto con la vida al que estamos invitados. Si la política muere, ese pacto no será posible. Si la política desaparece a manos de la polarización partidaria, los populismos y el egoísmo, la vida plena, la vida plena a la que los ciudadanos tenemos derecho, la vida plena que constituye el centro del accionar político del humanismo cristiano, no será posible.

Ha llegado el momento de que revalidemos nuestro pacto con la vida. Las voces de la fractura, el enfrentamiento, la división y la destrucción no son voces de vida. Anuncian todo cuanto en la vida nos traslada la idea de muerte: el odio, el miedo, la mezquindad y la mediocridad. Porque odiar, o temer, es empezar a morir. Seguramente, es haber muerto ya, y convertirse en un muerto de vacaciones-

El último de los guillotizados por el Terror durante la Revolución Francesa, el mismo día de la caída de Robespierre, fue un poeta llamado Andrea Chénier. El compositor italiano Umberto Giordano le dedicó una ópera que se estrenó en la Scala milanesa en 1896. Que la última víctima del Terror fuera un escritor es, sin duda, una imagen histórica, imposible de ignorar. Y en el momento decisivo de la obra, mientras el protagonista aguarda en prisión el cumplimiento de su sentencia a muerte, su amada, Maddalena de Coigny, entona una célebre aria, *La mamma morta*, en donde recuerda el asesinato de su madre. Pero, sobre todo, cómo después su madre asesinada apareció en sus sueños para trasladarle un mensaje muy nítido:

"¡Sigue viviendo! ¡Yo soy la vida! / ¡En mis ojos está tu cielo! / ¡Tú no estás sola! / ¡Tus lágrimas enjugo! / ¡Estoy en tu camino y soy tu soporte! / ¡Sonríe y espera! ¡Yo soy el amor! / ¿Es todo lo demás sangre y fango? / ¡Yo soy divino! ¡Yo soy el olvido! / Yo soy el Dios que baja al mundo / desde el empíreo, y hace de la tierra / ¡un paraíso! ¡Ah! / Yo soy el amor, el amor, el amor".

Las palabras de Umberto Giordano resuenan todavía en los teatros de ópera de todo el mundo. Y no únicamente por la belleza de la música, o el singular carácter de la historia del último creador asesinado por el fanatismo y por la intolerancia. El mensaje de Giordano, del compositor de Foggia en

Apulia, la misma región de Aldo Moro, es el mensaje de la civilización del amor, del perdón y de la reconciliación que defiende el humanismo de la razón práctica. Seguir viviendo. Seguir viviendo juntos, sintiendo el apoyo y el sustento de las personas que amamos y que nos aman. Sentir el maravilloso milagro cotidiano de la vida junto a ellos. Sonreír y confiar. Ignorar todo mal sentimiento. El amor ha convertido a la tierra en un paraíso.